

Una poética del exilio
Hannah Arendt y María Zambrano

Olga Amarís Duarte

Una poética del exilio
Hannah Arendt y María Zambrano

Herder

Diseño de portada: Gabriel Nunes

© 2020, *Olga Amaris Duarte*

© 2021, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-4617-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: XXXXXXXXX

Depósito legal: B - XXXX - 2021

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

PREFACIO	II
I. DOS VIDAS EN CONTRAPUNTO	21
1. El viaje de la infancia	22
1.1. <i>A claroscuros</i>	23
1.2. <i>El nacimiento de Perséfone</i>	31
2. La vida a quemarropa	39
2.1. <i>La república de los amigos</i>	41
2.2. <i>Sin sombrero a la hora del té</i>	50
3. La condición de mujer	59
II. EL EXILIO DE HANNAH ARENDT	69
1. Las revelaciones del exilio	83
1.1. <i>La condición judía</i>	89
1.2. <i>El paria consciente como agente político</i>	103
1.3. <i>La lengua materna es lo que queda</i>	117
2. La transformación del exilio	129
2.1. <i>Renacer a la vita activa</i>	132
2.2. <i>Por amor al mundo</i>	141
2.3. <i>Los símbolos del exilio</i>	153
III. EL EXILIO DE MARÍA ZAMBRANO	169
1. Las revelaciones del exilio	181
1.1. <i>La condición de víctima sacrificial de la historia</i>	185
1.2. <i>Los claros del bosque</i>	197
1.3. <i>La palabra de la razón poética</i>	208
2. La transformación del exilio	222

2.1. <i>Renacer a la vita nova</i>	224
2.2. <i>Por piedad al mundo</i>	235
2.3. <i>Los símbolos del exilio</i>	246
IV. CREANDO UN NUEVO MUNDO EN TIEMPOS DE OSCURIDAD	263
1. La fundación de un mundo en el exilio.....	270
2. El gobierno de los justos.....	282
3. Políticas de la hospitalidad	293
EPÍLOGO	305
BIBLIOGRAFÍA	311

Para Sofia, mi aurora

PREFACIO

Introducir un discurso sobre las ventajas y los claros del acontecimiento siniestro del exilio supone, en principio, toda una provocación que banaliza la tragedia, en su mayoría anónima, de individuos que tienen que sufrir en la propia corporeidad la sustracción de todo el andamiaje que configura una vida digna. Sería, además, caer en la tentación de generalizar el discurso de unos pocos afortunados para los que su exilio *de luxe* supuso la oportunidad de hacerse un nuevo nombre en el extranjero y de gestar toda una obra rica en hibridaciones, sinergias y originales interferencias en el contexto cultural conquistado. Porque todo exilio tiene una faceta de conquista y todo exiliado es un conquistador en potencia que irrumpe con su conspicua diferencia en una sociedad que, en principio, cree no necesitarle, obviando así la tesis arendtiana sobre la pluralidad diferenciada como condición imprescindible de la existencia humana. La gran proeza del exiliado consiste, en estos términos, en hacerse imprescindible por insustituible. Parece, pues, que la cuestión orbita en torno a la mejor manera de instaurar la diferencia como principio de convivencia en una sociedad que, agravada su miopía cognitiva, sigue enredándose en prerrogativas, posponiendo lo inevitable y provocando con ello la extenuación de cientos de exiliados sirios, afganos, iraníes, palestinos, colombianos, sudaneses y demás Odiseos contemporáneos.

En nuestro tiempo, sin duda, el de los setenta millones de desplazados forzados,¹ resultaría una obscenidad entonar una loa acerca del beneficio que supone tener que exiliarse. Ante la evidencia preclara

1. Datos obtenidos del informe realizado en el año 2018 por la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) sobre las personas refugiadas en España y en Europa.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

de los refugiados de nuestro tiempo, no se puede poner punto final como pedía Julio Cortázar en los años ochenta.² Asimismo, de poco sirve apagar la conciencia porque, al encenderla, siguen estando ahí, ellos, los otros, aún más cercanos y aduciendo una fraternidad de destino: su destino, el de todos. Lo que se impone no es el silencio, «el silencio disonante que deja en el aire la palabra entrecortada»,³ sino la voz y la urgencia de pensar y de repensar el exilio a contrapelo, como lo hicieron María Zambrano y Hannah Arendt, sin escatimar en los sinsentidos y en el horror, para llegar, finalmente, a comprenderlo⁴ en su totalidad poliédrica: los dados poliédricos del exilio que siempre aterrizan en la casilla que queda fuera del tablero y que marcan el preámbulo de un nuevo juego con sus nuevas reglas.

Vivimos en tiempos de crisis, de oscuridad y de catacumbas, que dirían las protagonistas de estas páginas, siendo muy conscientes, sin embargo, de que tras semejante apelativo se encuentra el verdadero semblante de la época: moramos en tiempos de oportunidad. Pero morir, como lo entendieron ellas, no como una simple ocupación del espacio, sino como una acción permanente de ahondamiento en busca de los cimientos más profundos para rescatarlos y sacarlos a la luz, más brillantes que en su origen, más sólidos. Zambrano afirma al respecto que todo tiempo de crisis está marcado por el sentimiento de la inquietud, ante el cual el sujeto tan solo tiene a su disposición

2. J. Cortázar, «The Fellowship of Exile», en *Altogether Elsewhere: Writers on Exile*, M. Robinson (ed.), Boston/Londres, Faber and Faber, 1994, p. 177.

3. M. Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid, Horas y Horas, 2011, p. 234.

4. Traducción propia de la cita del prólogo de *Los orígenes del totalitarismo* en la que se enuncia la máxima de comprensión del planteamiento político de Arendt: «La comprensión no significa negar el horror, deducir de precedentes lo que no tiene igual o explicar los fenómenos mediante tales analogías y generalidades que no se sientan ya ni el impacto de la realidad ni el choque de la experiencia. Significa, más bien, examinar y soportar de forma consciente el fardo que nuestro siglo ha puesto sobre nosotros sin negar su existencia ni someterse dócilmente a su peso. La comprensión, en suma, implica un enfrentamiento no premeditado, atento y resistente con la realidad, cualquiera que esta sea». Cf. H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Cleveland (NY), Meridian Books, 1962, p. VIII. A partir de aquí todas las citas procedentes de textos en inglés, en alemán o en francés serán traducidas por la autora.

dos respuestas: sucumbir al miedo inventando fantasmas en forma de enemigos imaginarios, en cuyo caso la figura del exiliado o del emigrante viniendo allende los mares representan a la perfección la amenaza del desconocido, del radicalmente Otro; o, por el contrario, trascender la inquietud. Esta última opción, la más encomiable, y la que sin duda adoptaron tanto Arendt como Zambrano, consiste en la planificación y en la creación del mundo de después de la crisis, un espacio mejorado y diáfano, surcado de puertas y de ventanas para salir al encuentro del recién llegado. Hay un cuadro, hijo también del destierro, que representa a la perfección esta labor constructora del exiliado. En 1955, la pintora española exiliada en México, Remedios Varo, pintó una obra titulada *El flautista*, que como un sueño, o como una visión mística proyectándose en el plano del imaginario, representa la edificación de un castillo al ritmo de la música que toca el personaje central. En el cuadro de Varo, el flautista es un músico ambulante, un exiliado, tal vez, quien, al concertar armonías con su instrumento, propulsa las rocas del suelo una a una, hasta configurar todo un edificio flotante, en movimiento constante, una casa-roulotte que en su camino va fundando el espacio habitable.

Por ello, en el contexto de la crisis crónica en la que se encuentra la humanidad, entendida esta en sus dos acepciones antes enunciadas; esto es, como sima y como salto, sí que se hace legítimo el discurso alternativo de estas dos autoras, pensadoras y filántropas protagonistas de este libro, quienes intuyeron un envés revelador que hace del exilio el lugar propicio para que tenga lugar el desvelamiento de la propia subjetividad, así como la adquisición de la capacidad hermenéutica para la comprensión y la reconciliación con los sinsentidos del transcurso histórico. «Amo mi exilio», confiesa María Zambrano en un artículo publicado en el periódico *ABC* el 28 de agosto de 1989. Y este alegato sentimental no plantea en sí una provocación pergeñada ya en el regreso, sino toda una declaración de amor intelectual al modo spinoziano, por el cual el exilio se concibe como una dimensión esencial de la vida humana que configura, a la vez que define. Entendido desde estas premisas, el exilio se convierte en un acontecimiento propiciatorio e iniciático que, en complicidad con los

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

tejemanejes de la historia, logra aquello que el místico solo consigue empezar a vislumbrar tras arduos ejercicios ascéticos. El exiliado, de un plumazo que lo borra al instante del paisaje conocido, de un golpe que lo derriba al suelo o, en el mejor de los casos, que lo obliga a seguir adelante sin mirar atrás so pena de congelarlo para siempre, alcanza en el salto abismático hacia lo desconocido un estado total de desarraigo, de cercenadura de las raíces, que lleva ahora al aire; en suma, de vaciamiento de todo lo superfluo hasta quedar reducido a lo esencial por inalienable, aquello que Roberto Bolaño, para hablar de su propio exilio, llama «la altura real del ser».⁵

La expresión más rotunda para describir al desprendimiento de las capas —máscaras y disfraces que dice Zambrano—, que acontece en el sujeto exiliado se encuentra en el concepto de la «vida desnuda» tomado por Hannah Arendt de la *zoé* aristotélica, aunque actualizado y adaptado a la nueva realidad posbélica del siglo XX. Al refugiado judío se le sustrajo la persona jurídica del *bios politikos*; esto es, la relevancia de poder actuar e influir con sus palabras y actos en el espacio compartido con el resto de los seres humanos, teniendo solo a su disposición, como exiguo y peligroso equipaje de viaje, la pura vida biológica. También María Zambrano evoca la desnudez desencarnada y descarnada⁶ del exiliado, quien, en el proceso de reducción hasta lo irreductible, se ha hecho diáfano, casi invisible, un habitante del aire, nada más, y, sin embargo, el paradigma del ser humano arrojado a las entrañas de la historia para poder reflexionar allí, desde la distancia desocupada, y mientras se balancea en el tiempo suspendido de la espera, de lo propio y de lo ajeno, del pasado, del presente y del futuro.

Por esta dialéctica de salidas y de entradas, de vaciamentos y de inundaciones que acontecen en la experiencia diaspórica, ambas autoras, desde polos discursivos dispares, vindican la posición privilegiada del límite que se abre en toda crisis para empezar a poner los cimientos de un modo alternativo de expresión y de intelección capaz de la com-

5. R. Bolaño, *Entre paréntesis*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 49.

6. M. Zambrano, «Carta sobre el exilio», en *El exilio como patria*, Barcelona, Anthropos, 2014, p. 4.

prensión total de la realidad, incluyendo aquellas regiones desterradas, también ellas, del pensamiento filosófico del canon. En definitiva, traer del éxodo los saberes repudiados por la filosofía de Occidente: los sueños, la mística y la poesía. La razón poética de María Zambrano, junto con el corazón comprensivo y la imaginación creadora de Hannah Arendt, son los mejores exponentes de esta reunificación de saberes emparentados por un mismo origen y que, sin embargo, en los sucesivos avatares de guerras fratricidas, se han ido desprendiendo de la materia simbólica que los mantenía unidos y a flote. Aquí, en el fondo de este primer modo de pensamiento coalescente, la verdad sumergida del exiliado se transforma en un esclarecimiento, en la luz «vislumbrada, confundida, encerrada aún allá en el horizonte plácido que sostiene la visión de los fuegos del crepúsculo».⁷ Así pues, el exilio, en la obra de Zambrano y de Arendt, se dibuja como lugar del desprendimiento, del desvelamiento y de la esperanza ciega y sorda de que una nueva forma de pensar el mundo aún es posible.

Muy elocuente al respecto es la confesión que Arendt hace en una carta a su tutor y confidente Karl Jaspers en pleno exilio neoyorquino, alegando que, en su opinión, la única existencia humana decente⁸ es aquella que solo es posible desarrollar en los márgenes de la sociedad donde el individuo corre el riesgo de morir de hambre o de ser apedreado hasta la muerte.⁹ La tercera vía que se intuye, pese a ser silenciada aquí por el dramatismo de las dos opciones mencionadas, es, sin embargo, la única válida que recorre toda su obra y que se distingue por un prurito de entendimiento: comprenderlo todo y del todo. En sentido socrático, la decencia aquí esgrimida por Arendt debe entenderse como la capacidad de que los actos del individuo permanezcan en armonía con el pensamiento. Ser decente significa, pues, ser íntegro en términos filosóficos. Por su parte, para María

7. M. Zambrano, «El encuentro con el exilio: Reflexiones varias», en *El exilio como patria*, op. cit., p. 50.

8. El término «decente», *anständig* en el original, debe entenderse en este contexto como un antecesor del concepto de «vida desnuda» que será la piedra angular del libro *Los orígenes del totalitarismo* (1951).

9. H. Arendt, *The Portable Hannah Arendt*, Londres, Penguin Books, 2000, p. 26.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

Zambrano, en su callado desovillar de las voces de muertos y de vencidos, el único espacio habitable para el exiliado es, por analogía, el de los claros del bosque que aparecen y desaparecen a través de la singladura inopinada del caminante. El contraespacio del bosque es, así, el *topos* del desvelamiento que se ofrece cuando ya no se busca y que desaparecen cuando el inquisidor demora en la pregunta.

No debiera pensarse, sin embargo, que la experiencia del exilio es concebida por ambas autoras como un estado pasivo de aceptación y de sublimación de los acontecimientos de la época. En el marco del pensamiento político arendtiano, desde el exilio logrado, es decir, desde el lugar hermenéutico privilegiado donde el sujeto puede otear el entorno con un telescopio de largo alcance, el refugiado se convierte en partícipe de la *vita activa*, influyendo y conformando la esfera pública mediante sus actos y sus palabras. De ahí que en el artículo «¡Nosotros, los refugiados!», publicado en 1943 en el *Menorah Journal*, una de las revistas en inglés más prestigiosas de la comunidad judía en el exilio, Arendt califique de «vanguardia» de su pueblo, y del mundo entero, al exiliado judío que ha cobrado conciencia del beneficio de su alteridad, convirtiéndose, por ello, en el agente revelador de un mensaje con tonos salvíficos:

Aquellos pocos refugiados que insisten en contar la verdad, aun a riesgo de caer en la «indecencia», obtienen a cambio de su impopularidad una inapreciable ventaja: la historia deja de ser para ellos un libro cerrado y la política no es ya el privilegio de los gentiles.¹⁰

Y así, la vanguardia, del francés *avantgarde*, que, en su origen, se refiere a la primera fila del ejército —esto es, los primeros soldados en caer en la batalla—, se asemeja a la «primicia» de toda serie, al peligroso primer término que funge de propulsor del cambio y de iniciador de un nuevo orden político. También en el pensamiento de María

10. H. Arendt, «Nosotros, los refugiados», en *Escritos judíos*, ed. por J. Kohn y R. M. Feldman, trad. de E. Cañas *et al.*, Barcelona, Paidós, 2016, pp. 353-365, aquí p. 365 [trad. modificada].

Zambrano, el acto catalizador del exilio toma la forma de un sacrificio vivificante de lo «más humano del hombre»¹¹ en una criatura que, tras haber resurgido a la vida nueva, va instituyendo una Patria tras otra, porque todas las ciudades han sido fundadas un día por un extranjero que vino de lejos con la sola intención de crear, de dar sin más.

Como se ve, en los discursos de Hannah Arendt y de María Zambrano se vislumbra, tras la tragedia, un sobrepasamiento, el elemento catártico que hace que de la destrucción surja un germen que viene a rescatarla y que tan bien expresado queda en estos versos del poema *Magia* de Rainer Maria Rilke, mencionado por Arendt en *La condición humana* para ejemplificar la transformación alquímica que acontece en la poesía:

A menudo lo sufrimos: en cenizas se convierten unas llamas,
sin embargo, en el arte: en llama se convierte el polvo.
Aquí está la magia.¹²

Este trasvase de esencias por el cual el rescoldo vuelve a transformarse en material ígneo, creador y destructor al mismo tiempo, se asemeja a la metamorfosis del exilio, por medio de la cual la ruina se transmuta en cimiento, en columna, en toda una torre desde la que empezar a construir una ciudad nueva, el país del exilio, la nación invertida, tal vez imposible, como resultado de la negación de todas las singularidades que fallaron en su intento por hacerse únicas e incontestables. De esta forma, el exiliado paria de Arendt, como vanguardia consciente y como iniciador, se presenta a modo del *fabricator mundi* de los textos de Kafka, el fundador de un espacio de convivencia, nuevo y plural, que reemplace a aquella estructura deshumanizada en la que el sujeto no es más que la creación de una maquinaria grotesca que amordaza todo despunte de imaginación con el bramido de sus automatismos.

11. M. Zambrano, *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*, Madrid, Cátedra, 2012, p. 170.

12. Versión española de Elisabeth Siefer. Cf. H. Arendt, *La condición humana*, trad. de R. Gil Novalés, Barcelona, Paidós, 1993, p. 197, nota 39.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

Para Zambrano, la artífice de ese nuevo mundo que se descubre a las orillas del exilio, sin frontera y sin reino,¹³ es Antígona, paradigma de todos los naufragos de la historia que van creando islas allá donde van, como si se les desprendiesen de los bolsillos reventados de agua, de sal y de arena. A este respecto, María Zambrano anota para su proyecto de libro sobre el exilio, nunca realizado y que debía llevar como título *Desde el exilio*, lo siguiente: «El exilio es el lugar privilegiado para que la patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla».¹⁴ Pero la patria a la que se refiere Zambrano no es la geográfica, la España hundida por la ignominia, sino aquella otra que cada exiliado salva dentro de sí, lanzándola más allá de ella, libre de confín y ampliada justo por el lado que se desplomó. La ciudad nueva que funda Antígona es la de las hermanas y los hermanos, la ciudad del andrógino que no ha de buscarse con premeditación, sino que se encuentra, como los claros del bosque.

Para finalizar este primer acercamiento, queda añadir el elemento proléptico que tiene toda la conceptualización de un nuevo mundo en tiempos oscuros. Sin duda, se trata de una fundación oracular, casi una promesa y, como toda promesa, es siempre futura, aunque empiece a consumirse en el preciso instante en el que un lenguaje visionario la soltó al aire. La urgencia de hacerse un mundo en el hueco del exilio es, para Hannah Arendt y para María Zambrano, una vindicación de un presente activo, en vías de cumplirse, el resultado de vivir apurando hasta el final el tiempo de la contemporaneidad de lo no contemporáneo del que hablaba Ernst Bloch,¹⁵ en el que las interferencias de pasado, presente y futuro crean un tejido temporal múltiple y poroso. Se cuenta que cuando le preguntaron al filósofo Anaxágoras por el lugar donde quedaba su Patria, este simplemente señaló al cielo. De seguro que, si a las pensadoras protagonistas de

13. M. Zambrano, «El exilio, alba interrumpida», en *El exilio como patria*, op. cit., p. 55.

14. *Id.*, «El encuentro con el exilio», op. cit. p. 47.

15. E. Bloch, *Herencia de esta época*, trad., introd. y notas de M. Salmerón, Madrid, Tecnos, 2019.

este libro se les hubiese preguntado acerca del camino que llevaba a ese nuevo mundo fundado en el exilio, de igual modo hubiesen apuntado a un punto incierto del horizonte en el que ellas sabían que aguardaban las generaciones futuras, soportando el reflejo ampliado, siempre amoroso, de las que las precedieron. Quizá, con un poco de suerte, apuntasen a nuestro tiempo, el de los setenta millones de exiliados, imprescindibles todos ellos.

DOS VIDAS EN CONTRAPUNTO

Una de las primeras experiencias del exilio es un ruido, un desplome, aquel que se produce cuando un cuerpo, en la prisa de la evasión, se da de bruces con un muro que separa dos espacios, no importa si reales o ficticios. En la biografía de Rahel Varnhagen, Arendt apuntó que, en ocasiones, la existencia de un muro solo es demostrable en función de las cabezas incautas que se han estrellado contra él:¹ son estas las barreras que se yerguen a cabezazos.

Tras la disrupción sonora, viene el contraste, el segundo choque que llega en forma de una avalancha de lo desconocido que deja al sujeto en un estado embrionario de no entender nada, de no saber nada. Estas violencias del exilio, sin embargo, permiten, en aquellos casos más afortunados, que el sujeto llegue a un estado calificado por Edward Said como «contrapuntístico»;² es decir, de concordancia armoniosa de la pluralidad y de la heterogeneidad. El carácter contrapuntístico del exiliado le permite amalgamar, dentro del marco de una vida, un sinfín de experiencias, contradictorias a veces, que culminan en la creación de una percepción totalmente nueva y única de la realidad. Podría hablarse de una dialéctica de la violencia por la cual la primera afrenta realizada contra el sujeto se convierte en un contraataque dirigido a la superación y a la destrucción de esas mismas barreras y de aquellos mismos límites, porque, como afirma Said: «Los exiliados cruzan fronteras, rompen barreras de pensamiento y de experiencia».³

1. H. Arendt, *Rahel Varnhagen: Vida de una mujer judía*, trad. de D. Najmías, Barcelona, Lumen, 2000, p. 288.

2. E. Said, *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*, trad. de R. García, Barcelona, Debate, 2005, p. 194.

3. *Ibid.*, p. 193.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

Sin duda, Hannah Arendt y María Zambrano son mujeres y pensadoras contrapuntísticas. Toda su obra es arte del contrapunto, de la ardua y consciente tarea de tener que armonizar las disparidades de una época enloquecida hasta llegar a encontrar el despunte del entendimiento. También su escritura es resultado del contrapunteo de un país a otro, de una lengua a otra, de la paciencia, de la espera y de la urgencia por construir el adarve de un método de comprensión de la realidad que las salve del desasosiego de la vida desprovista, entregándoles, a su vez, la clave para descifrar el aparente sinsentido de haberse convertido, sin más, en dos parias de la historia.

También entre ellas surge el contrapunto. Existe entre ambas un contraste de tono fundamental que se hace evidente en la arquitectura de sus obras: Zambrano es filósofa, escribe en castellano y anda tras la realidad suprasensible que encuentra en la lectura de los místicos sufíes y de los de España: santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz y Miguel de Molinos. Arendt, por su parte, es teórica política, escribe en inglés lo que piensa en alemán y se mueve en la laicidad del mundo público construido por la acción conjunta de los seres humanos. Pese a estas diferencias de base, es fácil encontrar las confluencias entre ellas, los contrapuntos, que en realidad son cruces, las cruces del exilio de las que habla Zambrano, que no crean sendas paralelas, sino ejes en torno a los cuales la vida hace palanca para seguir adelante. En febrero de 1939 se cruzan físicamente los caminos de Hannah Arendt y de María Zambrano⁴ en el exilio, pero antes, mucho antes, habían empezado a entrecruzarse sus vidas.

I. EL VIAJE DE LA INFANCIA

Como exordio de la biografía de estas dos pensadoras podría utilizarse el consabido motivo de la infancia como primera parada, a veces demasiado fugaz, de un viaje que dura toda una vida. Más acertado,

4. J. Moreno Sanz, *Edith Stein en compañía: Vidas filosóficas entrecruzadas de María Zambrano, Hannah Arendt y Simone Weil*, Madrid, Plaza y Valdés, 2014, p. 101.

1. *Dos vidas en contrapunto*

sin embargo, resulta concebir la infancia en sí como un viaje iniciático, casi un destierro de una patria prenatal, como dirá Zambrano en «La Cuba secreta», que arranca al individuo de su sueño primitivo y lo va despertando a cada estertor del camino. El final de la infancia es, de este modo, la conclusión de un viaje que nunca es definitivo y que, por ello, puede desandarse con cierta facilidad para regresar al paisaje de la niñez, retenido en la memoria en forma de un olor o de un determinado sabor. En los casos de Arendt y de Zambrano, la travesía de la infancia está formada, a su vez, por otros viajes que, a modo de rompecabezas, componen un mapa de ruta desdibujado por los dardos de una historia disfrazada de destino inexorable.

1.1. *A claroscuros*

Hannah Arendt nace el 14 de octubre de 1906⁵ en Linden, un suburbio de la ciudad alemana de Hannover, en el seno de una familia judía asimilada, con ideas socialdemócratas y que comparte la creencia en una élite cultivada al estilo de la época dorada de Goethe. De ahí se colige el gran empeño de los padres, Paul Arendt y Martha Cohn, en que su hija reciba la mejor educación humanista posible, llegando a organizarle clases con uno de los rabinos más influyentes de la época, Hermann Vogelstein, líder del movimiento liberal socialdemócrata, aunque ellos mismos no profesaran la religión judía. Lo que de seguro no podían prever es que el rabí Vogelstein se convierta en el primer amor devocional de su hija, quien, en su foro interno, planeaba casarse con él cuando fuese mayor.⁶ Bien se ve que, desde muy pronto, el sentimiento amoroso surge en Arendt relacionado con el proceso de

5. Para los datos biográficos de Hannah Arendt se ha tomado como fuente la obra editada por Ursula Ludz, *Ich will verstehen: Selbstauskünfte zu Leben und Werk, mit einer vollständigen Bibliographie*. Cf. H. Arendt, *Ich will verstehen: Selbstauskünfte zu Leben und Werk, mit einer vollständigen Bibliographie*, ed. por U. Ludz, Múnich, Piper, 2013, pp. 251-256.

6. E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt: Una biografía*, trad. de M. Lloris Valdés, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 71-72.

Una poética del exilio: Hannah Arendt y María Zambrano

aprendizaje y con el asombro intelectual que suscita aquel que está situado en un plano mental y espiritual superior. De una u otra forma, Arendt siempre desarrolla un afecto muy especial por sus mentores.

Sin embargo, como sucede también en el caso de Zambrano, es en el hogar donde Arendt recibe la mayor influencia en su formación. Paul Arendt, hombre exigente, de humor tibio e ingeniero de profesión, es, además, un gran amante de la literatura clásica y posee una extensa colección de las insignes obras griegas y latinas que tanta fascinación suscitan en su hija. La biblioteca paterna es, tanto para Arendt como para Zambrano, el lugar del misterio, la entrada clandestina al mundo de los adultos y del rumor de palabras que todavía no se entienden, pero cuyo peso se intuye. En esta biblioteca, Arendt conoce la obra homérica y aprende que, ya entonces, los habitantes de las epopeyas se rebelaban contra la omnipotencia de sus dioses por medio de la oralidad: «No podían defenderse, pero sí enfrentárseles y replicarles hablando».⁷ Este primer descubrimiento del *logos* performativo del héroe capaz de convertir en hazaña, en pura acción, sus grandes palabras, resulta esencial en el desarrollo posterior de la teoría política arendtiana. De igual manera, es en esta biblioteca donde Arendt, durante un periodo de enfermedad que la retuvo en cama durante varios meses, aprende latín de forma totalmente autodidacta.

Por su parte, la madre, Martha Cohn, había pasado tres años en París estudiando francés y música, algo nada habitual para una mujer de la época. Los intentos por alentar el gusto musical de su hija se ven muy pronto frustrados, como ella misma anota en el cuaderno «Nuestra niña»,⁸ en el que lleva un recuento pormenorizado del desarrollo físico de Arendt, así como contados datos anecdóticos sobre su personalidad. El escaso talento musical se neutraliza, en contrapunto, por la precocidad lingüística y matemática de la que da muestras la pequeña, componiendo y descomponiendo complejos juegos de palabras sin apenas esfuerzo. A Martha Cohen, mujer

7. H. Arendt, *¿Qué es política?*, trad. de R. Sala, Barcelona, Paidós, 1997, p. 76.

8. E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt: Una biografía*, op. cit., p. 75.

1. *Dos vidas en contrapunto*

práctica y poco dada a disquisiciones especulativas, le produce una gran satisfacción descubrir en su hija aquella disposición precoz para el razonamiento teórico, como anota en más de un comentario de aquel cuaderno que, con el tiempo, se va convirtiendo en un diario diferido, el relato del Otro que, sin embargo, no puede descifrarse sin la mirada extranjera y *voyeur* de la madre. Años después, Arendt hará lo mismo con la biografía de Rahel Varnhagen, convirtiendo el proyecto de «hablar de Ella», de la otra, en una excusa para reflexionar sobre sí misma.

No obstante, el rigor y la imparcialidad con los que aparecen registrados los adelantos de Arendt en el cuaderno materno dejan intuir una mirada analítica y despegada, que más se corresponde con la de una institutriz que con la de una *mater fons amoris*. Prueba de ello es la relación tan tensa que se establece entre madre e hija, obligadas a guardar de continuo una distancia preventiva la una frente a la otra: Martha, en un intento por defenderse del hermetismo y de la indocilidad de una hija que, según va creciendo, se vuelve cada vez más brumosa; Hannah, procurando defenderse de una madre evanescente que huye cuando ella más la necesita. Bien es cierto que la comunicación entre ambas mejora en el exilio, cuando el binomio madre-hija queda en un segundo lugar, cediendo paso a la perentoria realidad de ser ambas desterradas en igualdad de indigencia. Sin embargo, por esta necesidad de retener y de sentir cercana la figura materna, Hannah guardará siempre una foto de ella, incluso en el exilio. A su muerte, en el apartamento de Nueva York se encontró una carpeta, bajo la rúbrica de *Recuerdos*,⁹ en la que Arendt guardaba lo más íntimo, aquello totalmente al margen de su labor académica y política: los poemas manuscritos y mecanografiados, fotos de la infancia, partida de nacimiento, contratos de matrimonio y, allí, presente, la foto de la madre.

En 1911, el primer viaje de la infancia llega para Hannah en forma de un regreso al lugar de origen de la familia en la capital prusiana de

9. A. Bertheau, «*Das Mädchen aus der Fremde*»: *Hannah Arendt und die Dichtung*, Bielefeld, Transcript, 2016, p. 19.